



LUCAS 24:44-53

**LA GLORIOSA
ASCENSIÓN**
de Jesús

**A la luz de
la resurrección**

Lección 9



**EXPONIENDO LAS ESCRITURAS
ILUSTRANDO CON LA VIDA**



Escuchar estudio

| Introducción

Un hermano de la iglesia me envió esta ilustración divertida hace unos días.

Un domingo de pascua, una mujer iba camino a la iglesia cuando su automóvil se descompuso. Como no quería perderse la reunión especial, sacó su teléfono y pidió un Uber.

El automóvil llegó y ella subió rápidamente al asiento trasero. No hubo ninguna conversación. El conductor estaba escuchando la radio.

Después de viajar en silencio durante unos quince minutos, la mujer le hizo una pregunta. El conductor no la escuchó por el volumen de la radio, así que ella se inclinó hacia delante y le tocó el hombro.

El hombre soltó un grito, se desvió hacia el otro carril, casi chocó con otro automóvil, se detuvo a un lado de la calle y pisó el freno con todas sus fuerzas.

Se quedó allí sentado durante un minuto, tratando de recuperarse del susto.

La mujer le dijo:

«Lo siento mucho. No tenía idea de que tocarle el hombro lo asustaría de esa manera».

El conductor sacudió la cabeza y respondió:

«No, señora, usted no hizo nada malo. Lo que sucede es que hoy es mi primer día como conductor de Uber. Durante los últimos veinticinco años trabajé en una funeraria y conducía el coche fúnebre».

Hemos estado siguiendo el relato del Evangelio de Lucas, y los discípulos acaban de experimentar una sorpresa parecida. Pero, en su caso, una persona que realmente había regresado de entre los muertos se les había aparecido.

Jesús estaba vivo. Durante las semanas siguientes, se apareció a cientos de personas, incluidos sus discípulos.

Ahora llegamos al momento en que Jesús está a punto de pronunciar sus últimas palabras registradas antes de ascender corporalmente al cielo.¹

Te invito a buscar ese momento en el Evangelio de Lucas, capítulo 24.

Lucas condensa varias horas en los últimos diez versículos de su Evangelio. Así que permíteme organizar lo que sucede aquí en tres capítulos.

El primero se titula:

1 James C. Galvin y Ronald A. Beers, Life Application Bible Commentary: Acts (Tyndale, 1999), p. 8.

La proclamación del evangelio

Lucas registra las palabras finales del Señor en el versículo 44.

Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día. Lucas 24:44-46

No pierdas de vista el énfasis del Señor.

Una vez más, Jesús está afirmando la confianza de sus discípulos en quién es él. Pero no basa esa confianza en las experiencias que ellos han vivido. La basa en su Palabra.

Jesús les recuerda:

- «Estas son las palabras que os hablé».
- El Antiguo Testamento hablaba de mí.
- Y les abrió el entendimiento para que

comprendieran las Escrituras.

- «Así está escrito».

Déjame decirte algo: la proclamación del evangelio no comienza con la resurrección. Comienza en el Antiguo Testamento.

Por eso debemos volver a las Escrituras, tal como el Señor hizo con los discípulos que iban camino a Emaús.

¿Qué proclama la Palabra de Dios?

Si Jesús predicara hoy, su mensaje sería bíblico y estaría firmemente anclado al texto de las Escrituras.

No tendría ningún problema en predicar un pasaje del Antiguo Testamento en una iglesia en la era del Nuevo Testamento.

Jesús afirma que la ley de Moisés, los profetas y los salmos:

- Hablaban de él.
- Se cumplieron en él.
- Lo representaban mediante sus ilustraciones.
- Y lo glorificaban.

Aquí también encontramos otra verdad implícita.

El Señor no quiere que los discípulos basen su seguridad en las experiencias que han vivido.

Jesús no les dice:

«Recuerden cuando caminé sobre el agua». Tampoco les dice:

«Recuerden cuando alimenté a cinco mil personas».

Tomás no escribirá un libro con el título: El día que vi las marcas de los clavos en sus manos.

Pedro tampoco escribirá un libro titulado: Aquella mañana en que desayuné con el Salvador resucitado.

Jesús afirma la fe de sus discípulos en la Palabra. Observa nuevamente el versículo 46:

«Así está escrito... que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día». Lucas 24:46

Es como si Jesús les dijera:

«Me vean o no, así está escrito».

Y escucha esto: tú y yo tenemos hoy el mismo fundamento para nuestra fe que Jesús presentó a sus discípulos en aquel momento.

Jesús predicó y enseñó la Palabra de Dios.

Esa es también nuestra proclamación.

Pero eso no es todo lo que hacemos. No nos limitamos a explicar la revelación de Dios. También llamamos a las personas a

responder.

Jesús continúa diciendo:

**«Así está escrito...
que el Cristo
padeciese, y
resucitase de los
muertos al tercer
día».**

Y luego añade:

*«Y que se predicase en su nombre
el arrepentimiento y el perdón de
pecados en todas las naciones,
comenzando desde Jerusalén».
Lucas 24:46-47*

¡El arrepentimiento y el perdón de pecados!
¿Cuántas iglesias hablan acerca de la
resurrección, pero no dicen nada acerca del
pecado y del Salvador?

Arrepentirse significa estar de acuerdo con
Dios en que somos pecadores. Significa
confesarlo y apartarnos de él.

Me gusta describirlo como dar media vuelta
y apuntar los pies en la dirección contraria.

Todavía puedes tropezar y caer, pero la
dirección de tu vida ha cambiado.

Sin embargo, hoy muchos están dejando caer
el mensaje del arrepentimiento como si fuera
una papa caliente.

Dicen que suena demasiado crítico.

Demasiado duro.

En una entrevista transmitida por la televisión nacional, escuché al pastor de una iglesia enorme decir que nunca menciona la palabra «pecado», nunca habla de «pecadores» y nunca usa la palabra «arrepentimiento».

Según él, esas palabras son demasiado negativas y quiere mantener un mensaje positivo.

Déjame decirte algo: ese pastor está en desacuerdo con Jesús.

Jesús manda que se proclamen el arrepentimiento y el perdón de pecados en su nombre.

En otras palabras:

«Vayan y díganle al mundo que todos han pecado y necesitan arrepentirse».

Esta proclamación no es una sugerencia.

Es un ultimátum.

Arrepiéntete y recibe el perdón de Cristo como tu Salvador. De lo contrario, si insistes en defender tu pecado, un día tendrás que presentarte ante él como tu Juez.

Esto es personal.

Es un veredicto que exige una decisión.

Ese es el primer capítulo: La proclamación del evangelio

Pasemos ahora al segundo capítulo. Lo llamaremos:

| La Gran Comisión

Ahora Jesús presenta el alcance de esta proclamación. Observa nuevamente los versículos 47 y 48:

«Y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas». Lucas 24:47-48

Estas últimas palabras tienen un paralelo en el primer capítulo del libro de los Hechos.

Lucas escribió tanto el Evangelio que lleva su nombre como el libro de los Hechos. En este segundo libro nos ofrece un relato más amplio de aquel momento.

En Hechos 1:8, Lucas escribe que los discípulos recibirían poder cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos. Entonces Jesús les dice:

*«Me seréis testigos en Jerusalén,
en toda Judea, en Samaria, y
hasta lo último de la tierra».
Hechos 1:8*

Esta proclamación tiene un alcance mundial.
Y eso me asombra y me anima.

Jesús está a punto de ascender al cielo y deja
esta Gran Comisión mundial en manos de
sus discípulos.

Lo hace a pesar de sus antecedentes.

¿Estaban preparados para salir y alcanzar al
mundo?

¡Apenas unas semanas antes se estaban
escondiendo del mundo!

También les entrega esta misión a pesar de
su falta de experiencia.

¿Alguna vez habían plantado una iglesia?

¿Sabían cómo enfrentar la persecución?

No.

Jesús también pone esta misión en sus
manos a pesar de su falta de educación.

Ellos no eran rabinos preparados ni maestros
reconocidos. Eran pescadores con las
manos encallecidas, acompañados por un
recaudador de impuestos convertido.

Imagina que Jesús hiciera hoy algo parecido.

Escogería a un par de hombres de una
pandilla de motociclistas que detestaban al
gobierno y vivían alejados de la sociedad.

Luego iría a la costa y escogería a media
docena de pescadores.

Después visitaría la oficina nacional de
impuestos y escogería a un hombre que
llevaba años cobrándole a la gente más de lo
debido.

¿Dejarías una misión mundial en manos de
personas así?

Jesús lo hizo.

Y esto es aún más sorprendente: hoy ha
dejado esa misión en tus manos y en las mías.

Pero no pases por alto la promesa.

Jesús les informa que una Persona divina les
dará el poder y la capacidad que necesitan: el
Espíritu Santo.

Él moraría en ellos, así como mora en ti y en
mí, y nos capacitaría para obedecer esta Gran
Comisión.

Jesús les dijo a los discípulos que
esperaran a una Persona que les daría el
poder necesario.

Esto significa que el ministerio del Espíritu
Santo no es un lujo reservado para algunos
cristianos especiales.

Es una necesidad para cada cristiano común en cualquier lugar del mundo.²

En esta Gran Comisión, Jesús les dice a sus discípulos:

«Después de que yo ascienda, el Espíritu Santo descenderá. Y por medio del poder de esta Persona divina, esto es lo que sucederá».

Observa nuevamente el versículo 8:

*«Me seréis testigos en Jerusalén».
Hechos 1:8*

Notemos que Jesús no les dice:

«Cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, comenzarán a dar testimonio».

No les está diciendo solamente lo que harán, aunque sin duda lo harán. Les está diciendo quiénes son.

Gran parte de nuestro problema comienza cuando olvidamos quiénes somos.

La iglesia, en términos generales, no carece de efectividad porque nadie la escuche. Los cristianos producen hoy más ruido que nunca.

Una cosa es llamar la atención; otra es hacer avanzar la misión.

Jesús les está enseñando a sus discípulos a mirar la vida desde una perspectiva

completamente nueva.

Esto es lo que ellos eran: Testigos.

Adolf Harnack, el historiador de la iglesia, escribió que la iglesia primitiva avanzó por medio de «misioneros informales».

Cada creyente entendía que era un testigo en el lugar donde vivía.

Justino Mártir, un líder de la iglesia del siglo segundo, acuñó la expresión «misionero informal».

Él explicó que la iglesia avanzó porque los cristianos comprendieron estas palabras finales de Cristo. Daban testimonio porque ahora el Señor los había transformado en testigos.³

Lucas usará la palabra «testigo» casi treinta veces en el libro de los Hechos.

Esta palabra nos introduce en el drama de un tribunal, donde todo depende del testimonio de los testigos.

En esta ilustración, el creyente no ocupa el lugar del acusado.

Jesucristo es quien está siendo juzgado delante del mundo. Tú has sido llamado a dar testimonio de que el cristianismo es verdadero.

El abogado defensor es el Espíritu Santo,

² Adaptado de Warren W. Wiersbe, *Be Dynamic: Acts* (Victor Books, 1987), p. 14.

³ James Montgomery Boice, *Romans: Volume 4* (Baker Books, 1995), p. 1875.

quien te capacita para cumplir tu tarea.

El acusador es Satanás.

Y el mundo forma el jurado que decidirá, basándose en el testimonio presentado, si lo que afirmamos acerca de Jesucristo es verdad.

En cualquier drama judicial, una de las cosas que intenta hacer el abogado acusador es desacreditar el testimonio de los testigos.

¿Cómo lo hace?

Atacando el carácter del testigo.

Esto es cuando la vida del testigo no respalda lo que está diciendo.

Así que no nos equivoquemos: la manera en que un testigo vive fuera del tribunal afecta directamente la credibilidad de su testimonio dentro del tribunal.

Un testigo eficaz no tiene poder solamente por la manera en que vive. Tiene poder porque su manera de vivir confirma la veracidad de sus palabras.

Volvamos ahora al relato de Lucas.

Jesús dice que se necesitan testigos no solo en Jerusalén, sino también entre todas las naciones.

El Señor les está diciendo:

«Proclamen este evangelio a las naciones».

Recuerda que la mayoría de estos discípulos nunca había salido de su propio país, una región muy pequeña.

Sería como si alguien nos dijera a ti y a mí:

«Lleven el evangelio a Alaska o Mongolia, lugares donde nunca han estado. Vayan a Turquía y Sudán, a Cuba y Hawái».

¡Yo me anoto para ese último destino!

Pero no pases por alto que Jesús les dice que comiencen en Jerusalén, donde viven.

El lugar más difícil para ser testigo suele ser nuestro propio hogar, donde la gente nos conoce y observa nuestra vida.

Es más fácil hablarle de Jesús a un desconocido que a un vecino.

Es más fácil orar antes de comer en un restaurante que hacerlo delante de un cliente.

Comienza donde estás. Luego ríndete a la dirección del Espíritu Santo, ya sea que te deje allí o te lleve a otro lugar.

En nuestro caso, como iglesia, tenemos la oportunidad de proclamar el evangelio a las naciones aquí mismo.

Ayer llamé a nuestro encargado de un programa que tenemos, donde se enseña inglés como segundo idioma.

Este semestre, tenemos personas que vienen de 58 naciones.

Acaban de abrir más salones e invitaron a todas las personas que estaban en la lista de espera.

Casi cuatrocientas personas asisten a estas clases, donde también escuchan el evangelio.

Allí se lee la Biblia y muchos conocen a cristianos por primera vez en su vida.

Permíteme mencionar algunos de los países representados:

- Argelia
- Argentina
- Bielorrusia
- Brasil
- Birmania
- China
- Colombia
- Congo
- República Dominicana
- Ecuador
- Egipto
- El Salvador
- Francia
- Honduras
- Hong Kong
- India
- Irán
- Israel
- Japón
- Jordania
- México
- Moldavia

- Marruecos
- Nepal
- Pakistán
- Rusia
- Arabia Saudita
- Sudáfrica
- Turquía
- Ucrania
- Vietnam

Y otros veinticinco países.

La pregunta que debemos responder, no solo como iglesia sino también como creyentes individuales, es esta:

¿Dónde está tu Jerusalén hoy?

¿Dónde te ha colocado Dios para que ocupes el lugar del testigo y declares en defensa de tu Salvador mediante tu manera de vivir y las palabras que dices?

Esto es lo que eres.

Y, ya que eres un testigo, debes vivir y hablar como tal.

No pierdas de vista lo que Jesús les está diciendo a sus discípulos:

- Estén preparados para ir a un lugar donde nunca han estado.
- Estén dispuestos a hacer algo que nunca han hecho.
- Estén listos para alcanzar a alguien en quien nunca se habían fijado.

Recuerdo una conversación con un hombre de nuestra iglesia que participó en un viaje misionero a un país sudamericano. Su equipo fue para trabajar junto a una iglesia en un proyecto de construcción.

Con lágrimas en los ojos me dijo:

«Mi esposa y yo vamos a inscribirnos en un curso de español para poder servir mejor. Estamos ansiosos por regresar el próximo año».

Yo le respondí:

«Eso es maravilloso. Cuéntame cómo fue el viaje».

Él me dijo:

«Tuvimos que usar el transporte público. Había tanto polvo que teníamos que cubrirnos la nariz con la camisa para poder respirar.

»Cuando llegamos al campamento, dormíamos por la noche mientras escuchábamos disparos cerca de nosotros.

»No teníamos agua corriente ni baños dentro del edificio.

»Casi todos los integrantes del equipo pasaron dos días con náuseas y diarrea.

»¡Estamos ansiosos por regresar!».

¿Quieres regresar?

Mejor vamos a Hawái

¿Dónde está tu Jerusalén?

¿Estás dispuesto a ir a Samaria, viajar a otra nación o quizás simplemente cruzar la calle y hablar con tu vecino?

Esta es nuestra proclamación del evangelio.

Esta es nuestra Gran Comisión.

Llegamos ahora al tercer capítulo de este momento final entre Jesús y sus discípulos.

Lo titularemos:

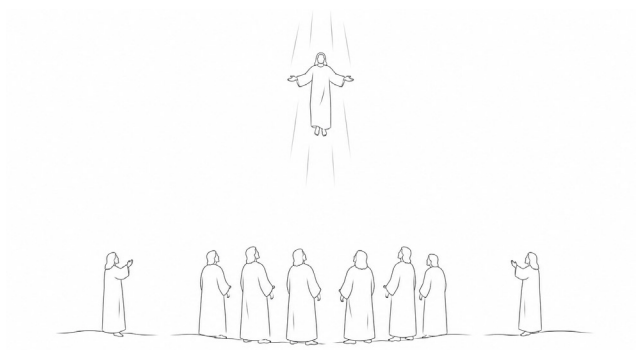
La ascensión *gloriosa*

Lucas concluye su Evangelio escribiendo en el versículo 50:

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de haberle adorado, volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Lucas 24:50-53



En el primer capítulo de Hechos, Lucas añade otro detalle. Mientras los discípulos miraban fijamente al cielo y veían cómo Jesús ascendía, dos hombres vestidos de blanco se colocaron junto a ellos y les preguntaron:



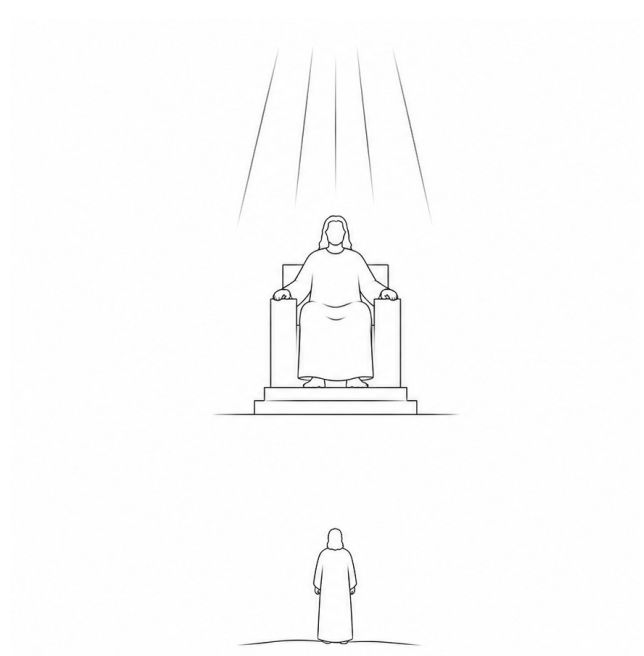
Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo. Hechos 1:10-11

Imagina la escena.

Jesús comienza a ascender lentamente mientras continúa hablando con ellos y bendiciéndolos.

¿Puedes imaginar ese momento?

Por cierto, al recibir su cuerpo glorificado, Jesús no dejó atrás su humanidad.



Conservó un cuerpo humano. Sigue siendo completamente Dios y completamente hombre.

11

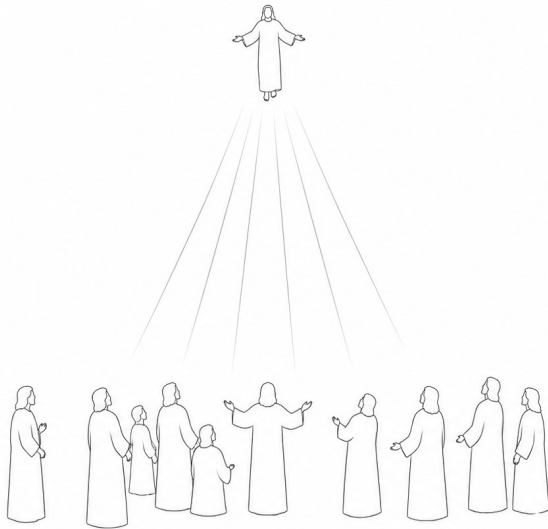
Esto significa, como escribió un autor, que ahora hay un ser humano sentado en el trono del universo.

Cuando Jesús ascendió al cielo, no dejó de ser humano. Al mismo tiempo, sigue siendo la segunda Persona de la Trinidad.⁴

Él se encarnó treinta y tres años antes, y ahora y para siempre es uno de nosotros: un ser humano. Y al mismo tiempo es el soberano Señor de señores y Rey de reyes.

Ahora bien, ¿qué importancia tiene que Jesús haya ascendido al cielo?

Si Jesús no asciende, el Espíritu Santo no desciende para darnos poder.



En Juan 16, Jesús dijo:

«Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré». Juan 16:7

Si Jesús no asciende, el Espíritu de Dios no desciende.

Y si el Espíritu de Dios no desciende, escucha esto: la iglesia nunca llegaría a existir.

Sabemos que el Espíritu Santo formó la iglesia con su poder en Hechos, capítulo 2. Desde ese momento, él habita en cada creyente.

Consideremos otra consecuencia.

Si Jesús no asciende y el Espíritu Santo

no desciende, no es posible crecer espiritualmente.

El Espíritu Santo habita en nosotros, como enseña 1 Corintios 6:19.

El crecimiento espiritual también puede describirse como fruto espiritual. Y el Espíritu Santo es quien produce ese fruto.

Nosotros no fabricamos el fruto espiritual. Lo llevamos porque el Espíritu de Dios lo produce en nosotros.

Hace poco tuve la oportunidad de visitar a Chuck Swindoll, un hombre que ha perseverado con integridad y gozo.

Él ya no puede viajar. Tiene noventa años, está ciego de un ojo y apenas puede ver con el otro. Sin embargo, aceptó con gusto que grabara una entrevista con él para mostrarla en una conferencia de pastores.

Antes de comenzar a grabar, nos sentamos a conversar durante casi una hora. Le conté que, cuando era estudiante universitario, descubrí por casualidad su programa de radio mientras limpiaba el piso de una florería en la ciudad donde estudiaba.

Después de hacer algunos cálculos, concluimos que en aquel tiempo él tendría poco más de cuarenta años.

Yo no sabía quién era.

Pero mientras lo escuchaba, ocurrió algo que

no podía creer: ¡Lo escuché reírse mientras predicaba!

En el ambiente donde crecí, reírse en la iglesia era casi tan grave como negar la Trinidad.

La risa y la iglesia sencillamente no iban juntas.

Finalmente pude agradecerle, no solo por haber perseverado, sino por haber perseverado con gozo.

Entonces se inclinó hacia delante y me dijo:

«Recuerda cuál es el fruto que el Espíritu Santo produce en nuestra vida. Primero, amor. Y después, gozo! ¿Cómo vamos a andar desanimados y con cara larga si el Espíritu de Dios dirige nuestra vida?».

Y se puso a reír.

Después reconoció que eso no significa que la vida sea fácil. Me contó que diez años antes, cuando cumplió ochenta, estuvo a punto de abandonar el ministerio debido al desánimo.

Pero su esposa lo animó a seguir adelante.

Más tarde, su yerno nos contó que, desde que cumplió ochenta años, Chuck ha producido otros treinta libros.

Espero tener esa misma clase de gozo si llego a vivir noventa años.

Y puedo tenerlo.

Tú también puedes.

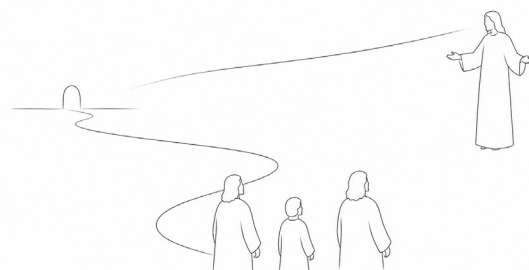
El mismo Espíritu Santo que obra en él produce fruto espiritual en nuestra vida.

Algunos frutos serán más difíciles de desarrollar para unas personas que para otras. Pero el Espíritu de Dios habita en todos los que él ha redimido.

Ahora bien, la ascensión del Señor está relacionada con otras promesas.

Permíteme mencionar una más.

Si Jesús no hubiera ascendido, el cielo no estaría preparado para nosotros.



Jesús les prometió a sus discípulos que se iría para prepararles un lugar. Juan 14:2

Por lo tanto, el cielo es real y cuando un creyente muere, su espíritu va inmediatamente a estar con Cristo en el cielo.

Consideremos otra promesa.

Si Jesús no hubiera ascendido, no estaría intercediendo por nosotros.

Piénsalo.

Si Jesús no ascendió, entonces no está en el cielo actuando como nuestro Mediador, nuestro Intercesor y nuestro Sumo Sacerdote. El apóstol Pablo escribió en Romanos 8:34:

«Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó... el que también intercede por nosotros».

Consideremos una promesa más.

Si Jesús no ascendió al cielo, tampoco regresará algún día por nosotros.

Jesús prometió:

«Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis». Juan 14:3

Nuestra esperanza del cielo no descansa solamente en la crucifixión de Cristo.

Tampoco descansa solamente en su resurrección.

También incluye su ascensión.

Todas sus promesas se cumplirán.

Por ahora, Jesús ascendió y desapareció de nuestra vista. Pero un día regresará.

| Conclusión

Quiero terminar con esta historia.

Había un joven en Estados Unidos que creció en un hogar con un padre alcohólico que lo maltrataba. Cuando sus amigos de la escuela lo venían a visitar a su casa, él llevaba a su padre borracho hasta el granero y lo ataba allí.

Luego conducía el automóvil de su padre y lo estacionaba donde nadie lo viera. Él y su madre les decían a sus amigos que su padre había tenido que salir.

Más tarde escribió:

«Si había alguien a quien yo odiaba, era a mi padre».

Cuando comenzó sus estudios universitarios, conoció a varios cristianos. No creía en el evangelio, pero les prometió que investigaría sus afirmaciones.

Las evidencias que descubrió cambiaron su manera de pensar y Dios abrió su corazón. Finalmente confió en Cristo como su Salvador.

Después escribió que el Espíritu de Dios comenzó a obrar en él y a producir fruto espiritual.

Un año y medio más tarde, pudo mirar a su padre con compasión en lugar de odio.

Incluso pudo decirle que lo amaba.

Cuando habían pasado unos seis meses, el joven sufrió un accidente y tuvo que regresar a su casa para recuperarse.

Un día, su padre entró en la habitación.

Estaba sobrio y pensativo.

Le dijo:

«No comprendo cómo puedes decirle a alguien como yo que lo amas».

Esa pregunta abrió la puerta para que el joven compartiera el evangelio con su padre.

Le dijo:

«Hace un año te odiaba. Pero Jesucristo ha cambiado mi vida. Y gracias a su Espíritu, que vive en mí, ahora puedo amarte».

«A los pocos minutos, mi padre se arrodilló junto a mi cama y oró para recibir a Jesucristo como su Salvador personal».

El conocido autor Josh McDowell cuenta este, su testimonio, en su libro, El factor de la resurrección.

Este es el ministerio transformador del Espíritu Santo.

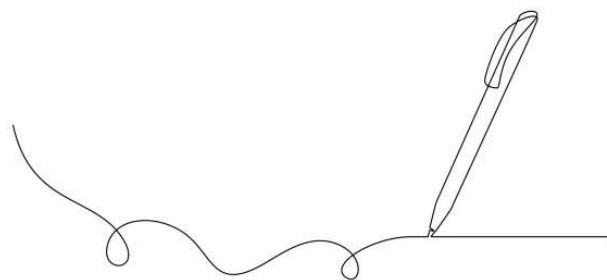
Él vive en nosotros, nos capacita para servir al Señor y nos ayuda a vivir con gozo y perseverancia mientras esperamos su regreso.

Sí, Jesús ascendió y desapareció de nuestra vista.

Pero podría regresar por nosotros hoy mismo.

Así que vivamos este día a la luz de aquel día.

Lo que
aprendi



¿Cómo
aplicarlo?